

tron, como suele hacerse aun anualmente en algunos pueblos de España, y en no pocos de las Américas que fueron posesiones españolas. El apóstol que le tocó en suerte fué San Pedro. Hernan Cortés empezó á ir cobrando vigor y robustez á medida que crecía, y atribuyendo al santo la brillante salud y fuerza que sucedieron á sus enfermedades, le consagró desde entonces una ferviente devocion que duró cuanto duró su vida.

Agil, vigoroso y dotado de una inteligencia clara, sus padres trataron de que siguiese la carrera de abogado, y le enviaron, á los catorce años de edad, á la universidad de Salamanca, que era la primera de España, y una de las que disfrutaban de mejor reputacion en Europa. Hernan Cortés, aunque dotado de comprension clara, se manifestaba mas inclinado á la vida activa de los campamentos que á la reflexiva y severa de la jurisprudencia. Su ánimo inquieto se sublevaba contra la idea de consumir su existencia entre legajos y protocolos, y despues de haber cursado dos años las aulas, abandonó Salamanca y se volvió á Medellin, manifestando á sus padres su ninguna inclinacion á la carrera del foro. Hernan Cortés habia recibido el grado de bachiller; y aunque interrumpió sus estudios al principio, por decirlo así, de la carrera de las letras, es innegable que los rudimentos que adquirió en ellas, y el trato continuo con los estudiantes de la universidad que las cultivaban, unidos á su clara comprension, le colocaban en un lugar distinguido. Que durante su corta carrera literaria se habia nutrido con la lectura de los autores clásicos, se revela en el estilo puro y fluido de sus cartas al emperador Cárlos V,

que han dado lugar á que se le compare con César; en la oportunidad y aplicacion ingeniosa que hace de los textos de las sagradas escrituras; la manera clara de presentar y resolver los puntos administrativos mas difíciles, y en la concision, claridad y acierto que se nota en sus reglamentos. Era aficionado á los versos, y aun escribió algunos con bastante gracia, contestando á varios pasquines que en prosa y verso escribieron contra él algunos amigos de Velazquez en la pared del palacio en que habitaba en Coyuacan, despues de la toma de Méjico. La vida pacífica y metódica que se veia precisado á observar en la casa de sus padres, no se avenia bien con su espíritu inquieto, bullicioso y activo. Su ambicion era verse en los campos de batalla; su placer, el ruido de las armas, y sus sueños, conquistar por medio de heróicos hechos un nombre glorioso, que perpetuase la historia en sus imperecederas páginas. Dos vastos escenarios se presentaban entonces á la juventud española para adquirir renombre y alcanzar un lugar distinguido en las filas del ejército. La guerra de Italia y la conquista de la América. La primera mas seductora, porque reflejaba en los actores de ella el brillo y la gloria del gran capitán Gonzalo de Córdoba. La segunda mas novelesca, y dejando entrever una lisonjera perspectiva de fortuna. Cortés, jóven, altivo y lleno de ambicion de gloria, se manifestaba indeciso entre alistarse bajo las banderas del conquistador de Nápoles ó pasar á las regiones lejanas del Nuevo Mundo. La noticia de que se disponia una brillante escuadra que debia salir para la América al mando de D. Nicolás de Ovando, comendador de Láres, en la órden de Alcántara, decidió su eleccion.

El Nuevo Mundo iba á ser la escuela y el teatro en que se diese á conocer. Ovando era amigo de su padre, y esta circunstancia podia facilitarle sus ascensos en la milicia. Todo estaba dispuesto para el viaje; sus padres habian consentido en ello; debia salir de casa de un momento á otro para dirigirse al puerto en que se disponia la expedicion, cuando un incidente vino á oponerse á su marcha. Galanteaba Cortés á una jóven, y habiendo subido una noche, con objeto de hablarla, por una débil tapia, se vino ésta al suelo con grande estrépito. Al ruido producido por el derrumbe, un marido celoso salió de una casa vecina, creyendo que el galanteador se habia dirigido á su mujer, y se lanzó sobre Cortés, que estaba caido en tierra, con objeto de matarle. Por fortuna, la suegra que salió tras de él, logró persuadirle de sus celos infundados, y Cortés se retiró á su casa bastante lastimado por la caída. La curacion fué larga, y á ella se siguió una fiebre intermitente que le tuvo por mucho tiempo sin salir de sus habitaciones. Recobrada su salud y resuelto á partir para la América, se embarcó en 1504, para la isla Española, en Sanlúcar de Barrameda, en un barco de D. Alonso Quintero, llevando cartas de recomendacion para el gobernador D. Nicolás Ovando. Tenia entonces Hernan Cortés diez y nueve años.

La navegacion fué borrascosa y el buque llegó desmantelado á Santo Domingo. El gobernador acogió al joven Cortés con particular agrado, como he dicho en otro capítulo; le admitió entre los de su familia; le dió un repartimiento de indios, y le entregó la escribanía del Ayuntamiento de una villa que acababa de fundar, lla-

mada Azúa. Viendo su espíritu activo y su capacidad, le hizo además teniente de algunas provincias que se habian levantado, y sus primeros pasos en la carrera de las armas los dió bajo las órdenes de D. Diego Velazquez contra los indios de la isla de Santo Domingo. Pacificada la isla, volvió Cortés á cuidar del cultivo de sus tierras y de la escribanía del Ayuntamiento de la villa de Azúa. Las graves ocupaciones de este cargo no le impedian que se entregase, de vez en cuando, á comprometidos galanteos amorosos á que era naturalmente inclinado, y por los cuales tuvo que sostener algunos lances en que manifestó su valor y su destreza en las armas, saliendo siempre victorioso, aunque en uno de ellos sacó una herida debajo del labio, cuya cicatriz la cubria con la barba, que entonces se usaba larga. Así pasó siete años en la isla de Santo Domingo, hasta que, en 1511, habiendo encomendado don Diego Colon la Conquista de Cuba á D. Diego Velazquez, le llevó éste en calidad de secretario con permiso del gobernador. Hernan Cortés acreditó su valor en los diversos encuentros con los indios de Cuba, alcanzando el aprecio de sus jefes y de sus compañeros. Conquistada la isla y hechos los repartimientos de tierras, á Hernan Cortés se le dió el repartimiento de indios de Manicarao, en compañía de D. Juan Juarez. Tenia éste en Santo Domingo á su familia, que habia llegado á la isla hacia dos años. Se componia la familia, de su excelente Madre D.<sup>a</sup> María de Marcaida, vizcaina, y de tres hermanas de buen parecer. Establecido Juarez en Cuba por la cesion de terrenos que acababa de hacerle Velazquez, trasladó á ella á su familia y se dedicó al cultivo de su hacienda. La belleza de una

de las tres hermanas, llamada Catalina, incendió bien pronto el corazón inflamable de Cortés, quien dejándose llevar de sus propensiones amorosas, empezó á galantearla, manifestándose rendido y apasionado. Se ignora el grado á que llegaron las relaciones de los dos amantes; pero lo que se sabe es que Hernán Cortés le dió palabra de casarse con ella, y que extinguidas las primeras ilusiones del amor, se manifestó poco dispuesto á cumplirla, á pesar de las exigencias de la familia de la jóven, pidiéndole la realizacion de su promesa.

Diego Velazquez, que se interesaba por otra de las hermanas, apoyó la peticion de la familia, y reprendió á Cortés por la falta de cumplimiento á la palabra dada. Las reflexiones y el empeño del gobernador indispusieron el ánimo de Cortés, y fueron causa de que se uniese á un partido de desafectos á Velazquez que habia en la isla. Los descontentos habian resuelto quejarse á los monjes gobernadores y audiencia de Santo Domingo, de los actos del gobernador de Cuba, pues creian mal recompensados los servicios que habian prestado en las distribuciones de tierras que se les hizo. Las juntas se celebraban reservadamente en la casa de Cortés, y se dispuso que fuese un hombre de valor y de importancia á representar á los que pedian justicia. El viaje era de los mas peligrosos, pues habia que atravesar un brazo de mar de diez y ocho leguas de ancho, que separa las dos islas, en un bote abierto. La eleccion recayó en Cortés, cuyo valor y talento eran conocidos. La noticia de lo que se tramaba llegó á oidos de Velazquez, quien inmediatamente hizo prenderle, cargarle de grillos y encerrarle en una estrecha prision. Cor-

tés, aguzando su ingenio, logró quitarse los grillos; rompió con ellos la ventana de la pieza en que estaba; se descolgó por ella prontamente, y apoderándose del broquel y de la espada del alcaide para defenderse si alguno le seguia, corrió hácia una iglesia próxima, poniéndose en ella á salvo de la justicia. Velazquez respetó el sagrado asilo; pero puso gente escondida en los sitios inmediatos, y cuando Cortés, al cabo de algunos dias, salió creyendo que nadie le observaba, fué asaltado por un alguacil llamado Juan Escudero y por la gente que tenia apostada.

El preso se vió nuevamente cargado de grillos, y fué conducido á un barco que debia salir al siguiente dia para Santo Domingo para ser juzgado allí. Cortés trabajó sin descanso, buscando la manera de sacar los piés de los grillos. Mucho sufrió en aquella dolorosa tentativa; pero al fin logró quitárselos, aunque con mucha dificultad y sufriendo horriblos dolores. Era ya de noche, y libre de los hierros que le sujetaban, subió á cubierta por el agujero de la bomba, se metió en el bote que estaba amarrado á un costado del buque, y sin hacer el mas leve ruido se dirigió á la costa. La corriente era terrible cerca de la orilla, y viendo que era imposible vencerla con el bote, se arrojó al agua, despues de haberse atado á la cabeza unos papeles importantes que le interesaba salvar. Poderosa era la fuerza de la corriente; pero Cortés era gran nadador y logró llegar á tierra. Al verse en ella examinó el terreno, y marchó á tomar sagrado asilo en la misma iglesia donde se refugió la primera vez. Diego Velazquez volvió á colocar hombres armados al rededor del templo para que se apoderasen del prófugo en el momento

que saliese. Muchas personas respetables se interesaron entonces por Cortés y hablaron en su favor á Velazquez, pidiéndole que le perdonase. El gobernador, que en el fondo le estimaba y queria, pues á su gallarda presencia, airoso continente y fina afabilidad, reunia Cortés la virtud de hablar bien de todos, un genio festivo y franco, una liberalidad sin medida, conversacion discreta y un valor extremado, se manifestó dispuesto á reconciliarse con él. Una cosa acabó de reconciliarles. Cortés, sintiendo revivir su amor hácia Catalina Juarez, se manifestó dispuesto á cumplir la palabra de casamiento que le habia dado. El gobernador le aplaudió su resolucion, y fué su padrino de casamiento.

Algunos historiadores han atribuido la reconciliacion de Velazquez y Cortés á un acto de osadía de este último. Refieren que, indignado por la tenaz malquerencia del gobernador, salió una noche de la iglesia en que habia tomado asilo, sabiendo que aquél se hallaba ocupado en una excursion militar, y se presentó, armado, en el cuarto en que estaba Velazquez solo. La presencia de Cortés sorprendió á su contrario, quien le preguntó con algun sobresalto, la causa de aquella visita. «La causa es—contestó Cortés—que necesito que me deis una satisfaccion á las ofensas que me habeis inferido.» Una acalorada discusion siguió á estas palabras; mediaron algunas explicaciones; y despues de varias razones expuestas por una y otra parte, con la franqueza de los verdaderos caballeros, se estrecharon la mano, se abrazaron, y volvieron á reanudar su antigua y sincera amistad. Cuando, pocas horas despues, se presentó en el cuarto un agente de policia á

dar cuenta de la fuga de Cortés, encontró á éste durmiendo junto á la misma cama en que descansaba Velazquez.

No es verosímil la anécdota referida; pero lo que hay de cierto es que la reconciliacion fué sincera y permanente. Velazquez apreciaba de veras á su antiguo secretario, y le dispensó de nuevo su favor, dándole tierras cerca de Santiago, de cuya villa fué nombrado alcalde. Cortés se dedicó con afan al desempeño de sus obligaciones, y fué con su esposa atento y cariñoso. El padre Las Casas refiere que le habia oido decir varias veces al mismo Cortés, «que estaba tan contento con ella, como si fuera hija de una duquesa». Industrioso y emprendedor, llevó á los terrenos que le pertenecian diversas especies de ganados, y fué el primero que en la isla de Cuba estableció la cria de ellos. Merced á su laboriosidad y á su talento en introducir grandes mejoras en la labranza de las tierras, logró hacer una regular fortuna con que vivia tranquilo y apreciado.

Esta era la posicion y existencia de Cortés cuando regresó Alvarado con la noticia de los descubrimientos de Grijalva, llevando el oro conseguido en el comercio abierto con los habitantes de la costa. La noticia de la magnificencia de las nuevas regiones se extendió rápidamente por toda la isla, y los que se encontraban pobres y sin repartimientos acariciaron la idea de que se acercaba el momento de realizar su esperanza.

Cuando Velazquez manifestó que estaba resuelto á enviar una nueva expedicion que continuase el camino de los descubrimientos y meditaba en el hombre que habia de poner al frente de ella, varios hidalgos se presentaron

solicitando el puesto; pero no encontrando el gobernador en ellos todas las cualidades que juzgaba necesarias, no se decidió por ninguno.

Cortés sintió despertar de nuevo en su corazón el deseo de gloria. La Nueva-España, como le habían puesto los soldados de Grijalva á la tierra descubierta desde Yucatan hasta Ulua, le presentaba un vasto teatro en que podía desplegar todos los recursos de su genio. Dos individuos de gran influencia con Velazquez se hallaban en Santiago, D. Andrés de Duero, su secretario, y D. Amador Láres, tesorero real. Ambos eran íntimos amigos de Cortés, y éste se valió de ellos para que le propusieran por jefe de la expedición. D. Diego Velazquez conocía, como nadie, el valor, el talento y la hidalguía del candidato; sabía que guardaba una buena posición social y regular fortuna, con la cual contribuiría á los gastos de la armada; que gozaba de popularidad en la isla, por cuyo medio se facilitaría el reclutamiento de gente; y creyendo, con efecto, que reunía todas las condiciones necesarias, acogió, con satisfacción, el candidato propuesto por su secretario y el tesorero real. No titubeando ya ni un solo instante, admitió gustoso al recomendado de sus consejeros, y por medio de ellos le anunció á Cortés su intento de hacerle capitán general de la armada.

Los deseos de Hernán Cortés se habían realizado al fin. Los sueños de gloria que le habían llevado al Nuevo Mundo, empezaban á realizarse, poniéndole al frente de una expedición cuyo éxito glorioso ó desgraciado le pertenecería. Iba á salir de los estrechos límites de una isla, para figurar como protagonista en un escenario grandioso que

le brindaba inmarcesibles laureles; en un teatro más digno de su espíritu emprendedor y aspirante de renombre, que el oscuro y mezquino de un triste repartimiento.

Una transformación completa pareció operarse en el carácter de Cortés desde el instante en que se creyó en el deber de dar feliz cima á la grandiosa empresa que se le encomendaba. En vez de entregarse á vanidosas demostraciones de alegría, reconcentró todos sus pensamientos en el grande objeto del cargo que se le confiaba, y solo pensó ya en colocarse á la altura que correspondía á la empresa que acometía.

Uniendo la actividad y la persuasión, mientras con la primera apresuraba las cosas necesarias de armamento y comestibles para la flota, con la segunda conseguía inclinar á todos á seguirle en la expedición. Su desprendimiento, su generoso entusiasmo, la elevación de sus ideas al tratar de la misión que se le confiaba, tenían algo de sublime que sorprendía y cautivaba á los mismos que íntimamente le habían tratado, y que conocían sus bellas cualidades.

Cortés entró en la empresa con todo su corazón y con todas sus potencias: veía en ella el sendero que podía conducirle á la gloria, y ambicionando el renombre de los héroes más que los bienes de fortuna, invirtió el caudal que poseía en las cosas necesarias á la armada. No queriendo esquivar sacrificio ninguno que pudiese conducir á la realización de su bello ideal, hipotecó sus posesiones, pidió prestado á ricos comerciantes con quienes tenía crédito, y todo lo empleó en la compra de bastimentos y de buques, en adelantar algunas cantidades á los reclutas que